

PROPUESTA DE UNA APRECIACIÓN ESTÉTICA PLURISENSORIAL DE LA NATURALEZA Y LOS DEMÁS ANIMALES

PROPOSTA DE APRECIÇÃO ESTÉTICA PLURISENSORIAL DA NATUREZA E OUTROS
ANIMAIS

PROPOSAL FOR A PLURISENSORIAL AESTHETIC APPRECIATION OF NATURE AND OTHER
ANIMALS

Enviado: 10/9/2019

Aceptado: 15/12/2019

Georgina Aimé Tapia González

Doctora en Filosofía, profesora investigadora en la Universidad de Colima (México).

Email: georgina_tapia@ucol.mx

Tafalla, M. (2019). *Ecoanimal. Una estética plurisensorial, ecologista y animalista*. Madrid: Plaza y Valdés, 362 pp.

Ecoanimal. Una estética plurisensorial, ecologista y animalista representa un aporte original y necesario para el pensamiento filosófico comprometido con reflexiones profundas en torno a la compleja crisis socioambiental. Marta Tafalla sostiene que, hasta hace apenas algunas décadas, la rama de la filosofía dedicada al estudio de la apreciación estética de entornos naturales como montañas, ríos, lagos, mares, bosques, flores, firmamento... fue una disciplina marginada. Sin embargo, la destrucción masiva de

hábitats y especies ha puesto en evidencia la urgencia de pensar alternativas a partir de un diálogo fecundo entre ciencia, ética ecológica y estética de la naturaleza. La pensadora argumenta que la naturaleza constituye “una red de vida habitada por millones de especies que se relacionan entre sí en un complejo entramado de procesos al que pertenecemos, y es así como debe ser apreciada si aspiramos a una estética seria y profunda” (p. 171).

A partir de su experiencia como anósmica congénita¹, la autora cuestiona el reduccionismo de la estética tradicional a los sentidos de la vista y el oído y defiende una *estética plurisensorial*, en la que el olfato desempeña un papel relevante. Ahora bien, si la historia de la estética se caracteriza por haber hecho a un lado la belleza de la naturaleza para concentrarse en las creaciones humanas, en nuestros días, la estética de la naturaleza se encuentra con alteraciones en el clima a nivel planetario, e incontables especies de plantas y animales en peligro de extinción a consecuencia de las actividades humanas. De acuerdo con Tafalla, la apreciación estética se comprende como “el placer de contemplar el mundo que nos rodea y a nosotros mismos en él, de admirar cómo las cosas se presentan a nuestros sentidos, de observar sus formas, examinar sus estructuras y proporciones, deleitarnos en sus colores, movimientos, sonidos, texturas, olores, sabores, temperaturas...”(p. 19). Asimismo, sostiene que es imprescindible una relación profunda con la naturaleza para reconciliarnos con el resto de los seres que habitan la Tierra y también con nuestra propia especie.

A su propuesta de una *estética plurisensorial*, entendida como aquella que incluye a todos nuestros sentidos, Tafalla añade el concepto de *ecoanimal*, el cual nos recuerda que la naturaleza está habitada por animales que tejen en ella sus historias y viven sus vidas. La biodiversidad no sólo se refiere a una multiplicidad de seres vivos, sino que en ella existen una pluralidad de subjetividades y formas de percibir el mundo (p. 15 y p. 212). Si los seres humanos permanecemos en silencio y apreciamos con humildad a la naturaleza, podremos escuchar en ella las voces de los otros animales, a los que tenemos que aprender a estimar en su complejidad como compañeros de viaje, y no como medios para satisfacer nuestro egoísmo. Nuestra filósofa propone una concepción

¹ La anosmia congénita se refiere a la incapacidad innata para percibir olores.

profunda sobre el animal, imprescindible para una mejor comprensión de los alcances de su obra:

Un animal no es meramente un cuerpo con un aspecto externo atractivo para nuestros sentidos, sino que ahí dentro hay un yo que experimenta su vida de forma subjetiva, un yo que articula las sensaciones de dolor y placer, que se relaciona con el mundo mediante capacidades cognitivas, emocionales y comunicativas y se construye en el tiempo a través de recuerdos, añoranzas, expectativas y deseos. Hay un yo que teje una vida de la que podríamos contar su historia. Hay un yo que no es idéntico a ningún otro, un individuo particular y único (p. 212).

Marta Tafalla plantea sus ideas sobre una estética ecoanimal a lo largo de nueve capítulos, en los cuales abundan los ejemplos basados en sus vivencias y reflexiones en diálogo con diversos pensadores, pensadoras y artistas. Desde mi mirada como lectora, en varios apartados tuve la impresión de escuchar sus pensamientos, como si los expresara en voz alta en una charla amena. En otros, sus interrogantes me generaron una gran perplejidad. Pienso que una de sus mayores aportaciones es el contribuir a la rehabilitación de una disciplina filosófica poco abordada en lengua castellana, además visibilizar en ella a los animales. Lo anterior me permite sostener que la lectura de este libro representa una invitación a vivir la estética plurisensorial en clave ecologista y animalista de una manera profunda y responsable.

El primer capítulo trata sobre la apreciación estética. Tafalla argumenta que las diferentes teorías que buscan comprender la apreciación estética coinciden en definirla como una actitud desinteresada, en el sentido de que no pretende satisfacer nuestras necesidades biológicas, ni tampoco dar solución a problemas prácticos, porque “la contemplación estética no es un medio para satisfacer un fin, sino que es de esas actividades que contienen su propia finalidad en sí mismas y es por eso precisamente que resulta tan placentera” (p. 21). Las constantes referencias a la Teoría estética de Theodor W. Adorno apoyan sus planteamientos sobre la estética como un camino de libertad, conocimiento y plenitud. De acuerdo con ella, desde la experiencia estética es posible aproximarse a la objetividad en el ámbito epistemológico, y a la no instrumentalización, en el ético (p. 26). La contemplación serena y respetuosa de un objeto, un animal o un entorno natural implica “la renuncia al dominio y la aceptación de la propia finitud, pero no es una renuncia amarga ni una derrota, sino todo lo

contrario: nos regala experiencias placenteras y nos concede serenidad, de tal modo que la finitud se presenta como una ganancia y no como una pérdida” (p.26).

Tafalla apuesta por una valoración estética profunda, fundada en la experiencia plurisensorial y en un conocimiento comprometido con la ética. Por ejemplo, en el caso de los animales, la autora considera que nuestra apreciación será más profunda en tanto mejor conozcamos sobre sus redes de relaciones e interdependencias respecto a su propio medio y a otros seres vivos, su personalidad, emociones y formas de cognición; en cambio, permanecerá en un nivel superficial si sólo les consideramos como medios para nuestros fines. En el segundo capítulo, Tafalla analiza el dualismo metafísico y su influencia sobre la definición de los sentidos considerados estéticos en la filosofía moderna. La concepción de que la realidad se encuentra dividida en dos ámbitos jerárquicos: la materia y el espíritu, ha funcionado como uno de los marcos teóricos más influyentes en la historia de la Filosofía. Para la estética, lo anterior ha significado la división de los sentidos entre aquellos que corresponden a la parte más espiritual de ser humano: la vista y el oído, y los que se consideran indisociables de su ser material, el gusto, el tacto y el olfato. Los primeros proporcionan placer intelectual, en tanto que los segundos son incapaces de trascender el placer del cuerpo. “Olfato, gusto y tacto no fueron aceptados en la estética porque representaban los placeres corporales, los que sumergen al ser humano en la naturaleza y lo acercan a los otros animales” (p. 79).

La autora reflexiona sobre el particular interés que despierta el estudio del rechazo de los sentidos menores durante la Modernidad, época en que la estética se desarrolló como una disciplina autónoma. Un pensador tan influyente con Kant, llegó a sostener que sólo podemos apreciar estéticamente con los sentidos de la vista y el oído. Según Kant –apunta nuestra filósofa– los sentidos que pertenecen a la parte más material del ser humano son incapaces de proporcionarnos una contemplación desinteresada, ni información objetiva sobre el mundo exterior, sino que nos encierran en nuestra subjetividad, son difíciles de comunicar a otros sujetos, carecen de forma y de permanencia. Tafalla muestra los límites del dualismo metafísico, el cual ha justificado las jerarquías de unos seres humanos sobre otros y la explotación de la naturaleza. Aunado a lo anterior, destaca la denuncia de la filosofía ecofeminista sobre la interseccionalidad entre la violencia contra la naturaleza, los animales, las mujeres y las culturas indígenas.

En el tercer capítulo, Tafalla explora los acelerados avances de las ciencias sensoriales desde la segunda mitad del siglo pasado y presenta una lista provisional de catorce sentidos²; asimismo, cuestiona los argumentos que pretendieron arrojar al gusto, el tacto y el olfato de la apreciación estética. La autora sostiene que en el contexto de la filosofía contemporánea, el dualismo metafísico ha perdido vigencia, aunque la división de los sentidos en inferiores y superiores siga prevaleciendo en la enseñanza escolar, los medios de comunicación y la mentalidad de un buen número de personas. En polémica con la argumentación kantiana, Tafalla afirma que los sentidos tradicionalmente considerados inferiores –así como el resto de los sentidos que aparecen en la lista– son capaces de una apreciación estética desinteresada al igual que la vista y el oído. De acuerdo con ella, el caso del alfabeto braille pone en evidencia que el reino abstracto de la forma es accesible no sólo a la vista y el oído, sino también a otros sentidos. Por otra parte, considera que el razonamiento de la distancia ha sido derrumbado por propuestas de arte envolvente que muestran concepciones alternativas a las tradicionales sobre la experiencia estética. Según sus reflexiones, el arte efímero, el *body art* y algunas manifestaciones de *land art* contradicen la pretensión de permanencia y plantean una estética enraizada en la plurisensorialidad y la finitud, abierta a todos nuestros sentidos.

La filósofa dedica el cuarto capítulo a la defensa del olfato, el sentido menos apreciado en la historia de la estética. A partir de su experiencia como anósmica congénita, relata que le llevó más de diez años comprender que para ella el mundo carecía de una vía de percepción accesible a la mayoría de las personas. Expresa el desconcierto que le ha causado escuchar a la gente describir su gozo ante algunos aromas, así como el poder que tienen otros para alejarle de ciertos lugares, y al mismo tiempo asegurar que el olfato es el menos importante de los sentidos (p.123). En sus indagaciones sobre la profundidad estética del olfato, la autora ha aprendido que ninguno de los otros sentidos tiene el poder evocador que ejercen sobre nosotros ciertos aromas. También señala que en diversas cosmovisiones animistas, así como en el judaísmo, el cristianismo y el islam, los olores han sido concebidos como puentes que conectan el mundo material con el reino del espíritu (pp.81-84). De acuerdo con los testimonios de quienes han perdido el olfato en el transcurso de su vida, sin este sentido

² Vista, oído, tacto, gusto, sistema trigeminal, olfato ortonasal, olfato retronasal, propiocepción, equilibrio, kinestesia, interocepción, termocepción, nociocepción y cronocepción.

el mundo les parece más lejano y es común que experimenten estados de tristeza, lo que no sucede a las personas que desde el nacimiento han ignorado los olores de su entorno. La pensadora se pregunta cómo se habría desenvuelto la historia de una humanidad anósmica, y especula que quizás ésta sería más serena, su mundo menos rico en experiencias sensoriales y mayores las dificultades para su sobrevivencia y reproducción, pero al mismo tiempo ésta no conocería las pestilencias.

En los capítulos quinto y sexto, Tafalla reflexiona sobre la apreciación estética de la naturaleza y los animales. Asimismo, somete a una profunda crítica el concepto de *Antropoceno* popularizado por Paul J. Crutzen (p. 147) con el propósito de definir la época geológica actual, caracterizada por la gran influencia del hombre sobre la Tierra. La filósofa piensa que la obsesión narcisista humana no tiene límites al pretender que llevar a la Tierra y a sus habitantes al borde del desastre constituya una hazaña que amerite bautizar una de sus edades con nuestro nombre. Por el contrario, le parece más coherente hablar de *ecicidio* y *catástrofe climática*, conceptos propuestos por George Monbiot, para referirse a la etapa en que los seres humanos declararon la guerra a la naturaleza, atentando contra los fundamentos que sostienen a su propia especie (p.149).

Tanto la filosofía como el arte deben asumir su responsabilidad en el olvido de la estética de la naturaleza, apunta la autora. Durante el siglo XVIII, pensadores y pensadoras de la Ilustración en las islas británicas y en Alemania concedieron un lugar relevante a la apreciación estética de la naturaleza. Fue a principios del siglo XIX cuando Hegel decidió el rumbo de la estética al afirmar que la belleza del arte, comprendida como una manifestación del espíritu, era superior a la belleza de la naturaleza. Entre las escasas voces que impugnaron el olvido de la estética de la naturaleza sobresalen Schopenhauer, Nietzsche y, algunos años más tarde, Emerson, Thoreau, Muir, Leopold, estos últimos conocidos como precursores de la ética ecológica. En los años 60 y 70, Tafalla alude a dos filósofos que se propusieron la recuperación de la estética de la naturaleza como disciplina académica: Theodor W. Adorno y Ronald Hepburn. Aquí quiero llamar la atención sobre el lugar de Tafalla en esta historia, pues es una de las pocas autoras que trabaja esta disciplina en castellano, y además aporta elementos originales al proponer una apreciación estética profunda de los animales como una vía hasta hoy poco explorada para su conservación.

Tafalla plantea preguntas inquietantes: ¿Los otros animales tienen capacidad de apreciar estéticamente su mundo y al resto de los seres con quienes se relacionan? ¿Pueden crear arte o algo similar? ¿Existen analogías por ejemplo entre la música y los sonidos que emiten algunos animales? Para abordar estas cuestiones, reflexiona sobre lo poco común que es la apreciación estética profunda entre los seres humanos, como lo muestran los medios masivos de comunicación en nuestra cultura. Desde esta perspectiva, ensaya respuestas preliminares, en tanto que el conocimiento sobre los animales debe llevar a nuevos horizontes de comprensión. Para cerrar este capítulo, examina ejemplos de arte a favor de los animales, sus contradicciones y posibilidades. Concluye con algunas cavilaciones sobre la riqueza estética de las especies salvajes y su disminución en aquellas que han atravesado procesos de domesticación.

El séptimo capítulo explora las posibilidades de la estética plurisensorial en el arte contemporáneo, de manera especial en el *land art*. Tafalla expone que, hasta hace algunas décadas, para el arte occidental la naturaleza se reducía a un objeto representable, incluso, el arte culto era considerado como tal porque se elevaba sobre las artesanías gracias a su capacidad de trascender el mundo de la vida. En los agitados años 60 y 70, en Estados Unidos y Gran Bretaña algunos artistas se propusieron llevar el arte a la naturaleza abandonando la pretensión de representarla e invirtiendo esa relación al presentar sus obras dentro de ella. La autora aclara que no todas las obras de *land art* manifiestan un compromiso con el medio ambiente, por eso ha preferido dialogar con aquellos y aquellas de sus exponentes que se caracterizan por una actitud de humildad al contemplar a la naturaleza, pues considera que sus obras estimulan experiencias multisensoriales y nos invitan a comprender nuestra dependencia y enraizamiento en la trama de la vida.

Tafalla piensa que una expresión esencial de nuestra relación con la naturaleza se encuentra en los jardines, a los que dedica el penúltimo capítulo de su libro. De acuerdo con ella, los jardines constituyen lugares de reposo, tranquilidad y protección, son el hogar que nos hacemos dentro de la naturaleza. Representan también lugares de resistencia ética e ideales de comunidad, diálogo y encuentro con humanos y otros animales. En nuestra relación con el jardín podemos conocer diferentes procesos de la naturaleza y, en algunos casos, llegar a facilitarlos, siempre y cuando la concibamos como intrínsecamente valiosa y no una simple materia para dar forma a nuestros caprichos. Los jardines nos acogen a través de nuestros diferentes sentidos: nos regalan

aromas, texturas, diversas intensidades de luz, calor, frescura, nos invitan a caminar y a comer algunos de sus frutos. La filósofa alude a algunos jardines creados por artistas y reflexiona sobre su capacidad de generar diferentes sensaciones, estados de ánimo y pensamientos entre quienes se aventuran a recorrerlos. En sus palabras: “Crear un jardín es hacernos un refugio frente a las amenazas naturales dentro de la misma naturaleza” (p. 279).

El último capítulo se refiere a la apreciación estética de la comida. Por una parte, comer y cocinar implican a cada uno de nuestros sentidos pero, debido al desconocimiento, apunta Tafalla, las personas tienden a menospreciar la importancia del olfato retronasal en la percepción de los sabores. Por otra parte, en un contexto caracterizado por nuestro alejamiento de la naturaleza, contaminada y afeada por el “progreso” humano, nuestra relación estética con la comida se caracteriza por su superficialidad. En los supermercados, donde las frutas y verduras brillantes, uniformes y armónicas parecen haber surgido de los estantes y no de la tierra, los seres humanos se interesan más por los envoltorios de los alimentos que por los alimentos mismos. En cambio, una estética profunda de la comida exige consciencia sobre lo que hay detrás del alimento que ponemos en nuestra mesa: de dónde viene la comida que adquirimos, quién la produce, de qué manera y bajo qué condiciones, qué daños puede causar a nuestra salud, cómo impacta sobre la naturaleza y qué implica para los animales. Ella misma lo afirma en las siguientes palabras: “la estética de la comida tan solo es plenamente alegre, serena y bella cuando no hay animales en el plato, cuando no hay injusticias detrás, cuando la cocina se ha liberado del dolor tanto como sea posible” (p. 352).

A mi juicio, el libro de Tafalla es especialmente relevante para el contexto filosófico iberoamericano, donde el abordaje de estos temas ha sido escaso, más aún las cuestiones animalistas. Con excepción de España, en el resto de los países de habla castellana los discursos filosóficos en defensa de la naturaleza y de los animales constituyen una minoría. En ese sentido, su propuesta contribuye tanto al conocimiento como al desarrollo de la estética de la naturaleza más allá del ámbito anglosajón. Hacia el final de esta reseña reproduzco palabras textuales de la autora, que nos invitan a vivir con todos nuestros sentidos, a pensar y actuar en el horizonte de una estética ecologista y animalista:

Necesitamos comprender que la riqueza de este planeta es su biodiversidad y que nuestra especie la está poniendo en riesgo. Por ello debemos abandonar el dualismo metafísico, la burbuja antropocéntrica y el patriarcado, asumir nuestra finitud y decrecer de manera radical. La estética ecoanimal puede ayudarnos en ese proceso, porque, al enseñarnos a apreciar la naturaleza y los animales, nos revelará la gravedad del ecodidio y nos mostrará también las experiencias profundamente enriquecedoras, los innumerables viajes de descubrimiento y aventuras, los placeres inagotables que podríamos disfrutar en una naturaleza recuperada como hogar (p. 358).

GEORGINA AIMÉ TAPIA GONZÁLEZ

Doctora en Filosofía por la Universidad de Valladolid, España y maestra en Filosofía de la Cultura por la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México. Académica y activista por un feminismo comprometido con la ética animal. Ha sido co-organizadora de tres foros de Estudios Animalistas y Prácticas no Especistas en la Universidad de Colima, México. Sus líneas de investigación son: Filosofía y estudios de género, feminismos indígenas, ética medioambiental y animal. Ha publicado en las siguientes revistas: *Investigaciones Feministas* de la Universidad Complutense de Madrid; *Daimon* Revista Internacional de Filosofía de la Universidad de Murcia; *Dilemata* Revista Internacional de Éticas Aplicadas; *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género* de El Colegio de México; *Praxis Sociológica* de la Universidad de Castilla la Mancha y *GénEros* Revista de Divulgación e Investigación de Estudios de Género de la Universidad de Colima. Es autora del libro: *Mujeres indígenas en defensa de la Tierra*, Colección Feminismos de la Editorial Cátedra, 2018, Madrid, España.